

Han Kang

BLANCO

Traducción de Sunme Yoon

Su escritorio está limpio y ordenado. Dentro de la pantalla blanca de la lámpara que está a la izquierda, la bombilla irradia luz y calor. Todo está en silencio.

Al otro lado de la ventana con la persiana levantada, se ven los faros de los automóviles que corren por la carretera pasada la medianoche.

Ella está sentada ante el escritorio como alguien que no sufre ningún dolor.

Como si no acabara de llorar ni fuera a echarse a llorar.

Como si nunca se hubiera desmoronado.

Como si no hubiera existido nunca el tiempo en que el único consuelo era que la eternidad no podía ser nuestra.



A partir de la redacción aparentemente banal de una lista de cosas blancas, Han Kang hace un conmovedor ejercicio de introspección, buscando el epicentro de su dolor existencial. En algunas culturas orientales el blanco es el color del luto. Quizá las cosas blancas que nos rodean preservan nuestro dolor, contienen una angustia que no sabemos ver a primera vista. Kang se adentra en una delicada indagación literaria y busca, a través de la descripción de cosas cotidianas, el mal que siempre ha sentido por la ausencia de una hermana a quien no conoció.

Kang Han

Blanco

ePub r1.0

Titivillus 28.10.2024

Título original:
Kang Han, 2016
Traducción: Sun-me Yoon

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Blanco

Puerta

Bandas para envolver

Bata de recién nacido

Pastel de arroz en forma de luna

Niebla

Ciudad blanca

Ciertos objetos en la oscuridad

La dirección de la luz

Leche materna

Ella

Vela

Escarcha

Helada

Alas

Puño

Nieve

Copos

Nieves perpetuas

Ola

Aguanieve

Perro blanco

Ventisca

Cenizas

Luna

Cortina de encaje

Nube de aliento

Pájaros blancos

Pañuelo

Riendo a carcajadas

Yulan

Pequeñas pastillas blancas

Luces

Mil puntas de plata

Brillante

Guijarro blanco

Hueso blanco

Arena

Cana

Nubes

Bombilla incandescente

Noches blancas

Isla de luz

Escritura negra a través de papel blanco

Dispersión

A la quietud

Límite

Cañaveral

Mariposa blanca

Espíritu

Arroz crudo y cocido

Tus ojos

Mortaja

Onni

Como un puñado de palabras esparcidas sobre papel blanco

Túnicas de luto

Humo

Silencio

Dientes inferiores

Raya

Toda blancura

Sobre el autor

1

—

1

나

En primavera, cuando decidí escribir sobre cosas blancas, lo primero que hice fue hacer una lista.

Bandas para envolver
Bata de recién nacido
Sal
Nieve
Hielo
Luna
Arroz
Olas
Yulan
Pájaro blanco
«Riendo a carcajadas»
Papel en blanco
Perro blanco
Cana
Mortaja

Con cada cosa que escribía, una ola de agitación me recorría. Sentí que sí, que necesitaba escribir este libro y que el proceso de escribirlo sería transformador, se transformaría en algo así como un ungüento blanco aplicado sobre una hinchazón, como una gasa colocada sobre una herida. Algo que necesitaba.

Pero luego, unos días más tarde, al repasar de nuevo la lista, me pregunté qué sentido tendría esta tarea, el de escudriñar el corazón de estas palabras.

Si tamizo esas palabras a través de mí mismo, las frases se estremecerán, como el extraño y triste grito que el arco saca de una cuerda de metal. ¿Podría permitirme esconderme entre estas frases, veladas con gasas blancas?

Esto era difícil de responder, así que dejé la lista como estaba y pospuse todo lo demás. Llegué al extranjero en agosto, a este país que nunca había visitado antes, conseguí un contrato de arrendamiento a corto plazo de un apartamento en su capital y aprendí a alargar mis días en estos extraños alrededores. Una noche, casi dos meses después, cuando el frío de la temporada comenzaba a hacer mella, una migraña se instaló, brutalmente

familiar. Me lavé unas pastillas con agua tibia y me di cuenta (con bastante calma) de que esconderme sería imposible.

* * *

De vez en cuando, el paso del tiempo parece muy evidente. El dolor físico siempre agudiza la conciencia. Las migrañas que comenzaron cuando tenía doce o trece años descienden en picado sin previo aviso, trayendo consigo calambres estomacales agonizantes que detienen la vida diaria en seco. Incluso la tarea más pequeña queda suspendida mientras me concentro simplemente en soportar el dolor, sintiendo las discretas gotas del tiempo como piedras preciosas afiladas, rozando mis dedos. Una respiración profunda y este nuevo momento de la vida toma forma tan claramente como una gota de sangre. Incluso una vez que he vuelto a entrar en la corriente, un día fundiéndome a la perfección con otro, esa sensación permanece siempre ahí en ese lugar, esperando, con la respiración contenida.

Cada momento es un salto hacia adelante desde el borde de un precipicio invisible, donde los bordes agudos del tiempo se renuevan constantemente. Levantamos el pie de la tierra firme de toda nuestra vida vivida hasta ahora y damos ese peligroso paso al aire vacío. No porque podamos reclamar un coraje particular, sino porque no hay otro camino. Ahora, en este momento, siento esa emoción vertiginosa recorrerme. A medida que me adentro imprudentemente en el tiempo que aún no he vivido, en este libro que aún no he escrito.

Puerta

Esto fue algo que sucedió hace mucho tiempo.

Antes de firmar el contrato de arrendamiento, fui a ver el apartamento de nuevo.

Su puerta metálica había sido blanca en otro tiempo, pero ese brillo se había desvanecido con el tiempo. Era un desastre cuando lo vi, la pintura se desprendía en parches para revelar el óxido que había debajo. Y si eso hubiera sido todo, lo habría recordado como nada más que una puerta vieja y desaliñada. Pero también estaba la forma en que su número, el 301, había sido inscrito.

Alguien, tal vez otro en una larga fila de ocupantes temporales, había usado algún instrumento afilado, tal vez una broca, para rayar el número en la superficie de la puerta. Podía distinguir cada trazo individual: 3, a su vez de tres palmos de altura; o, más pequeño, pero repasado varias veces, un garabato feroz que llamó la atención. Finalmente, 1, una línea larga y profunda, tensa por el esfuerzo de su hechura. A lo largo de esta colección de heridas rectas y curvas se había extendido el óxido, un vestigio de violencia, como manchas de sangre secas durante mucho tiempo, endurecidas, de color negro rojizo. No tengo nada que apreciar. Ni el lugar donde vivo, ni la puerta por la que paso todos los días, ni siquiera, maldita sea, mi vida. Esos números me miraban fijamente, apretando los dientes con fuerza.

Ese era el apartamento que quería ese invierno, el apartamento que había elegido para pasar mis días.

Tan pronto como desempaqué, compré una lata de pintura blanca y un pincel de buen tamaño. Ni la cocina ni el dormitorio habían sido empapelados, y sus paredes estaban manchadas de manchas grandes y pequeñas. Estas manchas oscuras eran especialmente llamativas alrededor de los interruptores eléctricos. Llevaba pantalones de chándal gris pálido y un viejo suéter blanco,

para que las salpicaduras no se vieran tan mal. Incluso antes de empezar a pintar, no me preocupaba conseguir un acabado limpio y uniforme. Sería suficiente, razoné, con pintar sobre las manchas... ¿seguro que las manchas blancas son mejores que las sucias? Pasé mi pincel por los grandes parches del techo por donde la lluvia debió de filtrarse en algún momento, observando cómo el gris desaparecía bajo el blanco. Limpié el mugriento cuenco del fregadero con un paño antes de pintarlo de ese mismo blanco brillante, sin importar que su pedestal fuera marrón.

Finalmente, salí al pasillo para pintar la puerta principal. Con cada movimiento del pincel sobre la superficie llena de cicatrices, sus imperfecciones se borraban. Esos números profundos desaparecieron, esas manchas de sangre oxidadas desaparecieron. Volví a entrar en el apartamento para tomarme un descanso y entrar en calor, y cuando volví a salir una hora más tarde vi que la pintura se había corrido. Se veía desordenado, probablemente porque estaba usando un cepillo en lugar de un rodillo. Después de pintar una capa extra sobre la parte superior para que las rayas fueran menos visibles, volví a entrar para esperar. Pasó otra hora antes de que saliera arrastrando los pies en mis pantuflas. La nieve había comenzado a caer. Fuera, el callejón se había oscurecido; Las luces de la calle aún no estaban encendidas. Con una lata de pintura en una mano, un pincel en la otra, me quedé inmóvil, mudo testigo del lento descenso de los copos de nieve, como cientos de plumas que se empluman.

Bandas para envolver

Se enrollan pañales blancos como la nieve alrededor del bebé recién nacido. El útero habrá sido tan ceñido, que la enfermera ata el cuerpo con fuerza, para mitigar el impacto de su abrupta proyección en lo ilimitado.

Persona que solo ahora comienza a respirar, un primer llenado de los pulmones. Persona que no sabe quién es, dónde está, qué es lo que acaba de empezar. El más indefenso de todos los animales jóvenes, más indefenso incluso que un polluelo recién nacido.

La mujer, pálida por la pérdida de sangre, mira al niño que llora. Nerviosa, toma su ser envuelto en pañales en sus brazos. Persona a la que aún se le desconoce la cura de este llanto. Que ha estado, hasta hace unos momentos, en medio de una agonía tan asombrosa. Inesperadamente, el niño se calma. Será por algún olor. O que los dos siguen conectados. Dos ojos negros que no ven se vuelven hacia el rostro de la mujer, atraídos en la dirección de su voz. Sin saber lo que se ha puesto en marcha, estos dos todavía están conectados. En un silencio atravesado por el olor de la sangre. Cuando lo que hay entre dos cuerpos es el blanco de los pañales.

Bata de recién nacido

El primer hijo de mi madre murió, me dijeron, a las dos horas de vida.

Me dijeron que era una niña, con la cara tan blanca como un pastel de arroz en luna creciente. Aunque era muy pequeña, dos meses prematura, sus rasgos estaban claramente definidos. Nunca podré olvidar, me dijo mi madre, el momento en que abrió sus dos ojos negros y los volvió hacia mi cara.

En ese momento, mis padres vivían en una casa aislada, en el campo, cerca de la escuela primaria donde mi padre enseñaba. La fecha de parto de mi madre aún estaba lejos, por lo que estaba completamente desprevenida cuando, una mañana, rompió fuente. No había nadie alrededor. El único teléfono del pueblo estaba en una pequeña tienda junto a la parada de autobús, a veinte minutos de distancia. Mi padre no volvería del trabajo hasta dentro de seis horas.

Era el comienzo del invierno, la primera helada del año. Mi madre, de veintidós años, se arrastró hasta la cocina y hervió un poco de agua para esterilizar unas tijeras. Buscando a tientas en su costurero, encontró una tela blanca que serviría para el vestido de un recién nacido. Agarrada por las contracciones y terriblemente asustada, empuñó su aguja mientras las lágrimas comenzaban a caer. Terminó el diminuto vestido, buscó una colcha delgada para usarla como pañales y apretó los dientes mientras el dolor regresaba, cada vez más rápido e intenso.

Finalmente, dio a luz. Todavía sola, cortó el cordón umbilical. Vistió el cuerpecito ensangrentado con el vestido que acababa de hacer, y sostuvo el retazo lloriqueante en sus brazos. Por el amor de Dios, no te mueras, murmuró con voz débil, una y otra vez como un mantra. Al cabo de una hora, los párpados herméticos del bebé se descosieron bruscamente. Cuando los ojos de mi madre se encontraron con los de su hija, sus labios se crisparon de nuevo. Por el amor de Dios, no mueras. Alrededor de una hora después, el bebé estaba muerto. Yacían en el suelo de la cocina, mi madre de costado con el bebé muerto apretado contra su pecho, sintiendo cómo el frío entraba poco a poco en la carne, hundiéndose hasta los huesos. No más llanto.

Pastel de arroz en forma de luna

La primavera pasada, alguien me preguntó si había tenido «una experiencia en particular, cuando eras joven, que te acercó a la tristeza». Para una entrevista de radio.

Frente a esa pregunta, fue esta muerte la que me llegó. Era una historia que yo había crecido escuchando. El más indefenso de todos los animales jóvenes. Bonito bebé, blanco como un pastel de arroz en forma de luna. Cómo había nacido y crecido en el lugar de esa muerte.

«Blanco como un pastel de arroz en forma de luna» nunca tuvo mucho sentido hasta que, a los seis años, tuve la edad suficiente para ayudar a hacer los pasteles de arroz para Chuseok, formando la masa en pequeñas lunas crecientes. Antes de ser cocidas al vapor, estas formas blancas brillantes de la masa de arroz son una cosa tan hermosa que no parecen de este mundo. Solo después, servidos en un plato con una guarnición de agujas de pino, se volvieron decepcionantemente prácticos. Relucientes con aceite de sésamo tostado, su color y textura transformados por el calor y el vapor, eran sabrosos, por supuesto, pero completamente diferentes a esa antigua belleza.

Así que cuando mi madre dijo «blanco como un pastel de arroz», me di cuenta de que se refería a un pastel de arroz antes de cocerlo al vapor. Un rostro tan sorprendentemente prístino como ese. Estos pensamientos hicieron que mi pecho se apretara, como si estuviera comprimido con un peso de hierro.

La primavera pasada, en el estudio de grabación, no mencioné nada de esto. En cambio, hablé de mi perro, que murió cuando yo tenía cinco años. Era un perro extraordinariamente inteligente, dije, un mestizo, pero descendiente en parte de la famosa raza Jindo. Todavía tengo una foto en blanco y negro de nosotros dos, una foto espontánea de un momento íntimo, pero, por extraño que parezca, no puedo recordarlo con vida. Mi único recuerdo vívido es de la mañana en que murió. Pelaje blanco, ojos negros, nariz aún húmeda. A partir de entonces desarrollé una aversión a los perros que ha persistido hasta el día

de hoy. En lugar de estirar la mano para despeinar el suave pelaje, mi brazo permanece sujeto a mi costado.

Niebla

¿Por qué los viejos recuerdos salen constantemente a la superficie aquí en esta ciudad desconocida?

Cuando salgo a la calle, los retazos de conversación que se enfocan cuando el orador pasa a mi lado, las palabras estampadas en los letreros de las calles y tiendas, son casi todas incomprensibles. A veces mi cuerpo se siente como una prisión, una isla sólida y cambiante que se abre paso entre la multitud. Una cámara sellada que contiene todos los recuerdos de la vida que he vivido y la lengua materna de la que son inseparables. Cuanto más obstinado es el aislamiento, cuanto más vívidos son estos fragmentos no buscados, más opresivo es su peso. De modo que parece que el lugar al que huyo no es tanto una ciudad al otro lado del mundo como más adentro de mi propio interior.

Son las primeras horas de la mañana, y la ciudad está envuelta en niebla.

La frontera entre el cielo y la tierra ha sido borrada. La única vista que ofrece mi ventana es la sugerencia borrosa de dos álamos, contornos de aguada de tinta que oscilan cuatro o cinco metros más arriba de donde se esconde la calle; Todo lo demás es blanco. Pero, ¿realmente podemos llamarlo blanco? Esa vasta y silenciosa ondulación entre este mundo y el siguiente, cada molécula de agua fría formada por una oscuridad negra empapada.

Recuerdo una mañana en una isla hace mucho tiempo, cuando la niebla había sido tan espesa como esta. Un paseo por un sendero de acantilado con los demás del grupo. Los pinos parpadean dentro y fuera de la existencia. Imponente acantilado ceniciento. La parte posterior de la cabeza de mis compañeros, que parecía inquietantemente inexpresiva y de bordes duros mientras miraban hacia abajo a las aguas negras que se movían bajo la espesa niebla marina. Pero qué escena tan ordinaria mostraba ese mismo camino

cuando lo recorrí de nuevo la tarde siguiente. Lo que me había imaginado como un pantano misterioso era un charco seco y polvoriento. Los pinos, que parecían de otro mundo cuando se veían a simple vista, estaban acordonados por un tramo de alambre de púas. El azul profundo del mar tenía el brillo de una postal turística. Todo estaba de vuelta dentro de sus propias fronteras, conteniendo la respiración. Conteniendo la respiración y esperando la próxima niebla.

¿Qué hacen los fantasmas de esta ciudad, en estas apagadas horas de la madrugada?

¿Deslizarse silenciosamente para caminar a través de la niebla que ha estado conteniendo la respiración y esperando?

¿Se saludan a través de los huecos entre esas moléculas de agua que blanquean sus voces? ¿En alguna lengua materna propia, otra cuyo significado se me escapa? ¿O solo sacuden o asienten con la cabeza, sin necesidad de palabras?

Ciudad blanca

Vi algunas imágenes de esta ciudad, tomadas por un avión militar estadounidense en la primavera de 1945. La película se proyectó en la sala de proyecciones del primer piso de la sala conmemorativa, situada en el este de la ciudad. Los subtítulos decían que en un período de seis meses, a partir de octubre de 1944, el 95 por ciento de la ciudad fue arrasada. Esta ciudad, cuyo pueblo se levantó contra los nazis, de la que fueron expulsados los soldados alemanes en septiembre de 1944 y donde se logró un mes de gobierno civil, de ahí la decisión de Hitler de utilizar todos los medios necesarios para barrerla hasta dejarla sin existencia.

Cuando la película comenzaba, la ciudad vista desde lejos parecía cubierta de nieve. Una capa de nieve o hielo de color blanco grisáceo sobre la que se había depositado una ligera capa de hollín, manchándola de manchas moteadas. El avión redujo su altitud y el semblante de la ciudad se agudizó. No había nieve que lo cubriera, ni hielo veteado de hollín. Los edificios habían sido destrozados, literalmente pulverizados. Sobre el resplandor blanco de las ruinas de piedra había motas ennegrecidas hasta donde alcanzaba la vista, mostrando dónde había tocado el fuego.

Tomando el autobús de regreso a mi apartamento, me bajé en el parque, que había oído que albergaba un castillo muy antiguo. Después de un rato caminando por sus terrenos boscosos, me encontré con un antiguo edificio hospitalario. Una reconstrucción fiel de un edificio que había sido destruido en un ataque aéreo en 1944, ya no utilizado como hospital sino como galería de arte. Al pasar por el estrecho sendero, abovedado con una masa de ramas de árboles entrelazadas, donde el alto trino de los pájaros me hizo pensar en las alondras, se me ocurrió que todas estas cosas habían estado muertas en algún momento. Estos árboles y pájaros, caminos y calles, casas y tranvías, y toda esta gente.

En esta ciudad no hay nada que haya existido durante más de setenta años. Las fortalezas del casco antiguo, el espléndido palacio, la villa junto al lago

en las afueras donde una vez veraneó la realeza, todo es falso. Son cosas nuevas, reconstruidas minuciosamente a partir de fotografías, cuadros, mapas. En el caso de que haya sobrevivido un pilar o tal vez la parte inferior de un muro, se ha incorporado a la nueva estructura. Las fronteras que separan lo viejo de lo nuevo, las costuras que dan testimonio de la destrucción, yacen visiblemente expuestas.

Fue ese día, mientras caminaba por el parque, que ella vino a mi mente por primera vez.

Una persona que había corrido la misma suerte que esa ciudad. Que en algún momento habían muerto o habían sido destruidos. Que se habían reconstruido minuciosamente sobre una base de ruinas arrasadas por el fuego. Que era, por lo tanto, algo nuevo. Quien, habiendo sobrevivido algún frontón roto, ha terminado llevando un extraño patrón, lo nuevo distinto de lo viejo.

Ciertos objetos en la oscuridad

Ciertos objetos aparecen blancos en la oscuridad.

Cuando la oscuridad está imbuida incluso con la luz más tenue, incluso las cosas que de otro modo no serían blancas brillan con una palidez nebulosa.

Por la noche, preparo el sofá cama en la esquina de la sala de estar y me acuesto en esa luz tenue. En lugar de tratar de dormir, espero, siento que mis sentidos se sintonizan con el paso del tiempo. Los árboles fuera de la ventana proyectan siluetas sobre la pared de yeso blanco. Pienso en la persona que se parece a esta ciudad, reflexionando sobre el tono de su rostro. A la espera de que sus contornos se fusionen, para poder leer la expresión que sostiene.

La dirección de la luz

Leí un relato de un hombre nacido en esta ciudad, en el que afirmaba haber vivido desde que tenía memoria con el alma de su hermano mayor, que había muerto a la edad de seis años en el gueto judío. La voz del niño le llegaba de vez en cuando, decía, sin forma ni textura. Además, el idioma le era ajeno, ya que había sido adoptado por una pareja belga y había crecido en ese país, por lo que al principio no había podido decir que el hablante era su hermano. Solo podía tratarse de un sueño despierto, pensó, en el que todo está condenado a repetirse, o bien de un síntoma de desquiciamiento. Cuando, a la edad de dieciocho años, finalmente se enteró de la historia de su familia, comenzó a estudiar el idioma de este país, para comprender lo que esta alma estaba tratando de decirle. Y así se enteró del miedo de su hermano, este hermano mayor y menor. Que estaba gritando las mismas palabras aterrorizadas, ahogadas cuando los soldados vinieron a arrestarlo.

* * *

Dormí mal durante varios días después de leer esto, sin poder evitar que mis pensamientos se dirigieran a los últimos momentos de ese niño de seis años, que finalmente habría sido asesinado. En la madrugada de una de esas noches inquietas, cuando la agitación interior se había calmado por fin, se me ocurrió que si yo mismo hubiera sido visitado de manera similar, por el primer hijo de mi madre, que había vivido solo dos horas, habría sido completamente inconsciente. Porque la niña nunca había aprendido el lenguaje. Durante una hora había mantenido los ojos abiertos, los había mantenido en dirección al rostro de nuestra madre, pero sus nervios ópticos nunca tuvieron tiempo de despertar y, por lo tanto, ese rostro había permanecido fuera de su alcance. Para ella, solo habría habido una voz. No te mueras. Por el amor de Dios, no mueras. Palabras ininteligibles, las únicas palabras que iba a oír en su vida.

Y por eso no puedo confirmar ni negar que hay momentos en que ella me ha buscado, revoloteando sobre mi frente o por las comisuras de mis ojos. Que alguna vaga sensación que yo había conocido de niña, algún despertar de emoción aparentemente espontánea, podría, sin que yo lo supiera, haber venido de ella. Porque hay momentos, acostado en la habitación a oscuras, cuando el frío en el aire es una presencia palpable. No te mueras. Por el amor de Dios, no mueras. Vuelos hacia sonidos indescifrables cargados de amor y angustia. Hacia una pálida borrosidad y calor corporal. Tal vez yo también he abierto mis ojos en la oscuridad, como ella lo hizo, y he mirado hacia afuera.

Leche materna

La mujer de veintidós años yace sola en la casa. El sábado por la mañana, con la primera helada todavía pegada a la hierba, su marido de veinticinco años sube a la montaña con una pala para enterrar al bebé que nació ayer. Los ojos hinchados de la mujer no se abren correctamente. Las diversas bisagras de su cuerpo duelen, los nudillos hinchados son inteligentes. Y entonces, por primera vez, siente que el calor le inunda el pecho. Se sienta, se aprieta torpemente el pecho. Primero un chorrito acuoso y amarillento, luego una leche blanca suave.

Ella

Pienso en ella viviendo para beber esa leche.

Pienso en la respiración entrecortada, en los labios diminutos murmurando en el pezón.

Pienso en ella siendo destetada y luego criada con gachas de arroz, creciendo, convirtiéndose en una mujer, superando todas las crisis.

Pienso en la muerte desviada cada vez, frente a su espalda mientras avanza con firmeza.

No te mueras. Por el amor de Dios, no mueras.

Por esas palabras tejidas en ella, un amuleto en su cuerpo.

Y pienso en ella viniendo aquí en lugar de mí.

A esta ciudad curiosamente familiar, cuya muerte y vida se parecen a las tuyas.

Vela

Tal como la he imaginado, camina por las calles de esta ciudad. En un cruce de caminos, ve una sección de un muro de ladrillos rojos. En el proceso de reconstrucción de otro edificio destrozado, el muro había sido derribado y reconstruido un metro por delante de su posición original, junto con un epitafio bajo que explicaba que el ejército alemán lo utilizaba para alinear a los civiles y dispararles. Alguien ha puesto un jarrón de flores frente a él, y varias velas blancas están coronadas con llamas vacilantes.

Las coronas de niebla aún envuelven la ciudad, menos espesas que a primera hora de la mañana, translúcidas como papel de calco. Si un fuerte viento se levantara y se llevara la niebla, las ruinas de hace setenta años podrían sobresaltarse y revelarse, empujando por detrás las reconstrucciones actuales. Los fantasmas que estaban reunidos allí, muy cerca de ella, podían pararse directamente contra la pared donde fueron masacrados, con los ojos encendidos.

Pero no hay viento, y nada se revela más allá de lo que ya es evidente. La cálida cera blanca de la vela se arrastra siempre hacia abajo. Alimentándose a sí mismos con las llamas de las mechas blancas, estos talones se hunden cada vez más bajo, y finalmente dejan de existir.

Ahora te daré cosas blancas,
Lo que es blanco, sin embargo, puede ser mancillado;
Solo daré cosas blancas.

Ya no voy a cuestionar

Si yo te he de dar esta vida.

2

—

SHE

그
녀

Escarcha

La ventana no está del todo enrasada en su marco, lo que permite que se forme escarcha en su vidrio. Pleno invierno. Ese patrón de blanco congelado recordaba el hielo de nieve que se forma en la superficie de un arroyo. El escritor Park T'ae-won dijo que una ventana así había atraído su mirada cuando nació su primera hija, de ahí el nombre que acuñó para ella: Seol-yeong. Flor de nieve.

Una vez había visto el mar mismo congelado. Un tramo de agua inusualmente poco profundo, agravado por una corriente fría, había formado filas dentadas de olas congeladas, como capa tras capa de deslumbrantes flores blancas capturadas en el momento de desplegarse. Vio peces congelados esparcidos por la orilla arenosa, el duro brillo de sus escamas. En esos días, la gente de esa región dice «el mar está bordeado».

Helada

El día en que nació fue de escarcha en lugar de nieve, sin embargo, su padre eligió *seol*, nieve, como uno de los caracteres para el nombre de su hija. Al crecer, era inusualmente sensible al frío y resentía el escalofrío incrustado en su nombre.

Pero le gustaba pisar el suelo cubierto de escarcha y sentir la tierra semicongelada a través de las suelas de sus zapatillas. La primera helada, aún no pisada, tiene los finos cristales de sal pura. Los rayos del sol palidecen ligeramente a medida que comienza a formarse la escarcha. Nubes blancas de aliento florecen de bocas cálidas. Los árboles tiemblan con sus hojas, aligerando gradualmente su carga. Los objetos sólidos, como piedras o edificios, parecen sutilmente más densos. Vistos de espaldas, hombres y mujeres envueltos en pesados abrigos están saturados de un presentimiento mudo, el de las personas que comienzan a perdurar.

Alas

Fue en las afueras de esta ciudad donde vio la mariposa. Una sola mariposa blanca, con las alas plegadas sobre un cañaveral, una mañana de noviembre. No se habían visto mariposas desde el verano; ¿Dónde podría haberse escondido este? La temperatura del aire había caído en picado la semana anterior, y tal vez debido a que sus alas se congelaban con frecuencia, el color blanco se había filtrado de ellas, dejando ciertas partes casi transparentes. Tan claros que brillan con el reflejo de la tierra negra. Solo se necesita un poco de tiempo ahora y la blancura abandonará esas alas por completo. Se convertirán en otra cosa, ya no tendrán alas, y la mariposa será algo que ya no es mariposa.

Puño

Caminando por las calles de esta ciudad hasta que sus pantorrillas se pusieron rígidas, esperó. Para que algo de su lengua materna, frases o incluso simples retazos de palabras, subieran rápidamente a la punta de su lengua. Pensó que podría escribir sobre la nieve. En esta ciudad, donde dicen que nieva durante la mitad del año.

Vigilaba tenazmente la llegada del invierno. Estudié los escaparates de las tiendas, los reflejos que se mostraban allí aún no estaban borrosos por las vetas de nieve. Las cabezas de los demás que pasan por las calles, todavía sin polvo de polvo. Esas formas oblicuas, aún no copos de nieve, que apenas rozaban la frente de los extraños. Sus propios puños fríos, que apretó hasta quedar blancos.

Nieve

Sobre el fondo de la manga de un abrigo negro, un gran copo de nieve revelará sus cristales incluso a simple vista. Un par de segundos y lo ha presenciado todo. Misteriosos hexágonos que se derriten limpiamente.

Cuando comienza a caer, las personas dejan de hacer lo que están haciendo y dirigen su atención a la nieve. En un autobús, levantan los ojos de sus regazos y miran por la ventana durante un rato. Una vez que la nieve se ha esparcido silenciosamente, con igual ausencia de alegría o tristeza, y la calle se ha borrado por completo, la gente vuelve la cara y las rayas borrosas ya no se reflejan en sus ojos.

Copos

Una noche, hace mucho tiempo, había visto a un hombre tendido al pie de un poste de telégrafo. Estaba desplomado de costado. ¿Había caído? ¿Estaba borracho? ¿Debería llamar a una ambulancia? Mientras ella vacilaba, incapaz de alejarse de la escena pero receloso de acercarse, el hombre se levantó hasta la mitad y enfocó su mirada en ella. Ella se estremeció, sobresaltada; Aunque no parecía haber una amenaza inmediata de violencia, el callejón estaba desierto. Caminó con pasos apresurados, luego se volvió para mirar hacia atrás. El hombre estaba en cuclillas sobre el frío pavimento, todavía en la misma posición incómoda, mirando penetrantemente la mugrienta pared blanca que se extendía a lo largo del lado opuesto del callejón.

el que había naufragado en un callejón, el que se había levantado con
las manos entumecidas por el frío,
pensando en lo que ha sido su vida,
de la soledad que le espera en casa,
pensando qué es esto, qué demonios es esto
Maldito blanco sucio

Caída de nieve.

Las escasas escamas vuelan en todas direcciones.
En el aire negro donde las farolas no se tocan.
Giraba sobre las ramas negras de los árboles sin palabras.
Rozando las cabezas inclinadas que caminaban penosamente por la
noche.

Nieves perpetuas

Había pensado en vivir en algún lugar a la vista de las nieves perpetuas. Donde los cuerpos de los árboles agrupados cerca de su ventana marcaban cada cambio de estación con el telón de fondo inmutable, a lo lejos, de montañas permanentemente cubiertas de hielo. Fría como las manos en su frente febril cuando estaba acostada en casa en un día de escuela.

Hubo una película en blanco y negro hecha aquí en 1980, en la que el protagonista perdió a su padre cuando tenía siete años y fue criado por su madre tranquila y gentil. (Su padre solo tenía veintinueve años cuando se encontró con el desastre, escalando el Himalaya con un grupo de amigos. Su cuerpo nunca fue encontrado). El hijo se mudó de la casa de su madre tan pronto como tuvo la edad suficiente y vivió según un código de ética increíblemente estricto. Cada vez que tenía que tomar una decisión, veía en su mente un paisaje opresivo: nieve fresca cayendo sobre el Himalaya cubierto de hielo, como un blanqueo dentro de su cabeza. Cada vez, tomaba la decisión que le resultaba más difícil a sí mismo, la elección que muchos otros habrían rechazado. En una época en la que la corrupción era moneda corriente, solo él se negó a aceptar sobornos y por ello fue condenado al ostracismo, incluso agredido físicamente. Al final, cayó en una trampa, fue expulsado de su lugar de trabajo y regresó solo a casa. Allí, dejándose llevar por sus pensamientos, las cumbres y los barrancos de aquella lejana cordillera llenaban su campo de visión. El mismo lugar donde no podía ir. La tierra de hielo, en la que estaba escondido el cuerpo congelado de su padre, donde los humanos no podían pisar.

Ola

A lo lejos, la superficie del agua se hincha hacia arriba. El mar invernal se acerca, acercándose. La ola alcanza su mayor altura posible y se rompe en un rocío blanco. El agua destrozada se desliza sobre la orilla arenosa.

De pie en esta frontera donde la tierra y el agua se encuentran, observando la recurrencia aparentemente interminable de las olas (aunque esta eternidad es en realidad una ilusión: la tierra se desvanecerá un día, todo se desvanecerá un día), el hecho de que nuestras vidas no son más que breves instantes se siente con una claridad inequívoca.

Cada ola se vuelve deslumbrantemente blanca en el momento de su ruptura. Más lejos, la tranquila masa de agua brilla como las escamas de innumerables peces. El resplandor de las multitudes está ahí. El moverse, agitarse, agitarse de multitudes. Nada es eterno.

Aguanieve

No hay ninguno de nosotros a quien la vida mire con parcialidad. El aguanieve cae mientras camina por estas calles, sosteniendo este conocimiento dentro de ella. Aguanieve que deja las mejillas y las cejas cargadas de humedad. Todo pasa. Lleva este recuerdo, el conocimiento de que todo a lo que se ha aferrado se desprenderá de ella y se desvanecerá, a través de las calles donde cae el aguanieve, que no es ni lluvia ni nieve, ni hielo ni agua, que humedece sus cejas y brota de su frente, ya sea que se quede quieta o se apresure, cierre los ojos o los abra.

Perro blanco

¿Qué es un perro que es perro pero no ladra?

Era una niña cuando escuchó por primera vez este acertijo. Cuándo, o de quién, no lo recuerda ahora.

El verano en que tenía veinticuatro años, cuando dejó su primer trabajo y volvió a la casa en la que había crecido, vio un perro blanco en el patio de los vecinos. Anteriormente, este había sido el hogar de un vicioso Tosa, originalmente criado como perro de pelea. Solía precipitarse hacia adelante, estirando la cuerda todo lo que podía, y chasqueaba las mandíbulas. Todo lo que necesitaba era que la cuerda alrededor de su cuello se aflojara o se rompiera para que volara hacia ti y hundiera sus dientes en tu carne. Aunque sabía que el perro estaba atado, se mantenía lo más lejos posible de él cada vez que tenía que pasar por la puerta, intimidada por su crueldad.

Encadenado en el lugar de Tosa había un mestizo con tal vez una leve cepa de sangre de Jindo. Su cuerpo estaba salpicado de parches de carne desnuda, monedas de color rosa pálido en medio del blanco opaco de su pelaje. Este perro no ladró ni siquiera gruñó. Cuando lo vio por primera vez, retrocedió, sobresaltado, con la cadena alrededor de su cuello raspando el suelo de cemento. Era agosto y el sol abrasador era implacable. Tal vez debido al calor bochornoso, el camino a través del pueblo estaba desierto. El silencio solo era roto por el áspero chirrido de la cadena cada vez que el perro retrocedía. Al menor movimiento de ella, se sobresaltó de nuevo, se apretó aún más contra el suelo y retrocedió, arrastrando la cadena sobre el cemento. Manteniendo sus ojos fijos en ella todo el tiempo. Terror. Era el terror lo que leía en esos dos ojos negros.

Esa noche preguntó por el perro. «Ni siquiera ladra si ve a un extraño», dijo su madre, «solo se encoge y tiembla, por lo que el dueño está pensando en venderlo de nuevo». ¿Y si viene un ladrón?

El perro nunca le perdió el miedo. Incluso en su último día en casa, cuando había tenido una semana entera para acostumbrarse a ella, se encogía

cerca del suelo y retrocedía bruscamente tan pronto como ella apareció fuera de la puerta. Giró la cabeza contra el costado como si algo le presionara la tráquea. Aunque su lengua colgaba entre sus dientes, no se oía ningún jadeo. El único sonido que podía decirse que producía el perro era el roce de la cadena contra el cemento. Incluso la visión de su madre, un rostro familiar conocido desde hacía varios meses, provocaría esta misma reacción de sobresalto. Está bien, ahora, está bien. Su voz era suave y tranquilizadora mientras caminaba sin prisa. Pobre desgraciada, murmuró, chasqueando la lengua, debía de haber sufrido mucho.

¿Un perro que es un perro pero no ladra?

La respuesta mediocre al enigma es la niebla.

Y así, para ella, el nombre del perro se convirtió en Niebla. Un perro blanco grande que no ladra. Un perro que tenía un parecido físico con su mascota de la infancia, ahora un recuerdo borroso de un pasado lejano.

Aquel invierno, cuando bajó de nuevo a la casa de su familia, no había Niebla. En cambio, fue recibida por un bulldog marrón rechoncho que gruñó con gran entusiasmo.

¿Qué le pasó a ese otro perro?

Su madre negó con la cabeza.

El dueño lo tuvo a la venta todo el verano, pero no se atrevió a desprenderse de él; Luego, cuando llegó la helada y la temperatura bajó repentinamente, murió. Se enfermó y dejó de tocar su comida, simplemente se acostó allí de frente... Y todo el tiempo, no hizo ni un solo sonido.

Ventisca

Hace unos años hubo una advertencia de fuertes nevadas. Seúl estaba en las garras de una ventisca mientras caminaba sola por un sendero de la colina. Su paraguas resultó casi inútil para protegerse de la nieve. Siguió caminando, con copos blancos arremolinándose espesos y rápidos alrededor de su cara y cuerpo. Incapaz de imaginar qué demonios podría ser, esta cosa tan fría, tan hostil. Esta fragilidad que se desvanece, este peso opresivo de la belleza.

Cenizas

Ese invierno, ella y su hermano menor hicieron un viaje de seis horas hasta una playa en la costa sur. La caja que contenía los huesos en polvo de su madre que consagraron en un osario; El pequeño templo cercano con vista al mar lejano albergaría el alma de la mujer. Los monjes cantaban su nombre con sus sutras en las primeras horas de cada mañana. En el cumpleaños de Buda se encendía una linterna de papel en su memoria.

Con esas voces, esas luces al alcance de la mano, las cenizas de nuestra madre yacerían en calma inmutable dentro de un cajón de piedra sellado.

Sal

Un día tomó un puñado de sal gruesa y la examinó detenidamente. Esos cristales tenían una belleza fría, su blanco tocado con gris. Por primera vez, tuvo un sentido real del poder que yacía dentro de este material: el poder de preservar, el poder de esterilizar y curar.

Había habido un tiempo antes de eso en que estaba preparando la comida y recogió sal con una mano herida. Si dejar que el cuchillo se deslizara fue el primer error, cometido porque estaba presionada por el tiempo, permitir que la sal tocara el corte sin vendar fue el segundo, y el peor. Fue entonces cuando aprendió cómo se sentía realmente, la expresión «echar sal en la herida».

Algún tiempo después, vio una fotografía de una instalación en la que se había construido una colina de sal, en la que se invitaba a los visitantes a descansar sus pies descalzos. Después de sentarte en la silla que se había puesto allí para ese propósito y quitarte los zapatos y los calcetines, ponías ambos pies sobre la sal y podías sentarte así todo el tiempo que quisieras. La fotografía mostraba un espacio de exposición oscuro, con el único punto de luz temblorosa en la cima de la colina de sal, que era un poco más alta que la altura de una persona. La visitante de la exposición, cuyo rostro estaba en sombra, estaba sentada en la silla con los pies descalzos apoyados en la pendiente de sal. Tal vez porque había sido así durante mucho tiempo, la colina de sal blanca y el cuerpo de la mujer parecían haberse fusionado, natural y dolorosamente.

Para hacer eso, pensó, estudiando la fotografía, habría que tener pies sin heridas ni cicatrices. Solo si mis pies estuvieran completamente curados podría descansarlos en esa montaña de sal. Donde la sombra conserva cierto frío, por muy blanco que brille.

Luna

Cuando las nubes nadan frente a la luna y oscurecen su luz por completo, esas mismas nubes brillan instantáneamente blancas y frías. Cuando las nubes negras se mezclan con las blancas, se forma un delicado claroscuro. Detrás de ese patrón de oscuridad moteada, se oculta la luna pálida, envuelta en una luz cenicienta, lila o azul pálido, llena o dividida por la mitad o una forma aún más delgada, menguante hasta convertirse en una sola astilla.

Cada vez que miraba la luna de mediados de mes, veía la cara de una persona. Desde muy pequeña, todas las explicaciones de los adultos habían caído en saco roto: nunca lograba distinguir las formas que le decían que había, la pareja de conejos y el mortero en el que machacaban el arroz. Lo único que era aparente eran dos ojos, aparentemente perdidos en sus pensamientos, por encima de la sugerencia sombría de una nariz.

En las noches en las que la luna es inusualmente grande, puede dejar las cortinas abiertas y dejar que su luz inunde cada centímetro de su apartamento. Ella puede caminar entonces, arriba y abajo. En la luz que se filtraba de un enorme rostro blanco y pensativo, la oscuridad empapaba dos ojos negros.

Cortina de encaje

¿Es debido a una blancura ondulante dentro de nosotros, inmaculada, inviolada, que nuestros encuentros con objetos tan prístinos nunca dejan de conmovernos? Su paso por las calles heladas la lleva al edificio, donde su mirada se eleva hasta el segundo piso. A la endeble cortina de encaje que cuelga allí.

Hay momentos en los que el blanco nítido de la ropa de cama recién lavada parece hablar. Cuando esa tela de algodón puro roza su carne desnuda, justo ahí, parece decirle algo. Eres una persona noble. Tu sueño es limpio, y el hecho de vivir no es nada de qué avergonzarte. Tal es el extraño consuelo que recibe, en ese momento intermedio en el que el sueño bordea la vigilia, cuando esa sábana de algodón crujiente roza su piel.

Nube de aliento

En las mañanas frías, esa primera nube blanca de aliento que se escapa es la prueba de que estamos viviendo. Prueba del calor de nuestros cuerpos. El aire frío se precipita en los pulmones oscuros, absorbe el calor de nuestro cuerpo y se exhala como una forma perceptible, blanca salpicada de gris. La difusión milagrosa de nuestras vidas, al aire libre.

Pájaros blancos

Una congregación de gaviotas blancas en la orilla invernal. ¿Alrededor de veinte, tal vez? Los pájaros estaban sentados mirando hacia el mar, donde el sol se deslizaba hasta el horizonte. Como si estuvieran observando una especie de ceremonia silenciosa, manteniéndose perfectamente quietos en el frío bajo cero mientras presenciaban el ocaso del día. Dejó de caminar y dejó que su mirada siguiera la de ellos, hacia esa pálida fuente de luz que estaba a punto de teñirse de carmesí. Aunque el frío era tan intenso que parecía hundir sus dientes hasta los huesos, era precisamente el calor de esa luz, lo que impedía que su cuerpo se congelara.

Una grúa a la orilla del agua, un día de verano en Seúl. Totalmente blanco, excepto por sus patas de color rojo brillante. El pájaro se abrió camino fuera del agua y subía a una roca lisa y ancha. ¿Era consciente de su mirada? Quizás. ¿Y también que no quería hacerle daño? De ahí su expresión impassible mientras miraba hacia la orilla opuesta, dejando que los rayos del sol secaran sus pies rojos.

¿Por qué los pájaros blancos la mueven de una manera que otras aves no lo hacen? Ella no lo sabe. ¿Por qué parecen tan especialmente gráciles, a veces casi sagrados? De vez en cuando, sueña con un pájaro blanco que se aleja volando. En el sueño, el pájaro blanco está muy cerca, tan cerca que parece que podría estirar la mano y agarrarlo mientras vuela hacia adelante, batiendo sus alas en completo silencio, la luz del sol se inclina sobre sus plumas. Vuela muy lejos y, sin embargo, de alguna manera, nunca está fuera del alcance de su mirada. Deslizándose por el aire, eternamente sin desaparecer. Sus deslumbrantes alas se abrían en abanico desde sus costados.

¿Qué iba a hacer ella con eso, el pájaro blanco que se posaba brevemente sobre su cabeza y luego volvía a volar, aquí en esta ciudad? Había ido de

camino a casa, preocupada por algo, caminando penosamente por el parque y a lo largo de la orilla del arroyo. Algo descendió en picado y se posó en la coronilla de su cabeza. Después de extender ambas alas de modo que envolvieran los lados de su cara como un deble, con las puntas de sus plumas casi rozando sus mejillas, se levantó y voló hasta el techo de un edificio cercano, como si no hubiera tenido nada que hacer con ella.

Pañuelo

Lo vio una tarde de finales de verano, mientras pasaba por delante de un edificio de viviendas apartado. Una mujer en el segundo piso estaba colgando su ropa sobre la barandilla del balcón cuando un puñado de artículos se le escapó de las manos. Un solo pañuelo descendió, el más lento de todos, hasta finalmente el suelo. Como un pájaro con las alas medio desplegadas. Como un alma que sondea tentativamente un lugar donde podría posarse.

Vía Láctea

Una vez que llegó el invierno, casi todos los días en esta ciudad estaban nublados y ya no podía ver las estrellas en el cielo nocturno. La temperatura del aire descendió por debajo de cero y comenzó un patrón en el que se alternaban días de lluvia continua con días de nieve. La baja presión del aire le provocaba frecuentes dolores de cabeza. Los pájaros se aferraban al suelo mientras volaban. El sol comenzó a ponerse alrededor de las tres de la tarde, y a las cuatro ya estaba completamente oscuro.

Mientras caminaba, levantando los ojos al cielo de la tarde, un negro que su patria solo conocía por la noche, su mente se volvió hacia pensamientos de nebulosas. A los miles de estrellas como granos de sal cuya luz había llegado hasta ella, aquellas noches en la casa de campo de sus padres. Una luz limpia y fría que había bañado sus ojos, borrando su mente de todo recuerdo.

Riendo a carcajadas

La expresión «reír blancamente» (probablemente) solo existe en su lengua materna. Risa débil, triste, cuya limpieza se rompe fácilmente. Y el rostro que lo forma.

«Te reíste a carcajadas, ¿sabes?».

En este caso, «tú» sería (probablemente) alguien que logró forzar una risa, soportando en silencio alguna lucha interna.

«Se rio blancamente».

Aquí, «él» sería (probablemente) alguien que lucha por separarse de algo dentro de sí mismo.

Yulan

Dos de sus compañeros de universidad murieron en una sucesión relativamente rápida, uno a la edad de veinticuatro años y otro a los veintitrés. El primero en un accidente de autobús, el segundo durante su servicio militar. Unos meses después de este segundo accidente, a principios de la primavera, antiguos alumnos de la misma promoción se reunieron para comprar dos árboles jóvenes de yulan, que plantaron en la colina de los terrenos de la universidad, con vistas al aula donde los dos estudiantes habían estudiado literatura juntos.

Unos años más tarde, caminando bajo aquellos árboles que hablaban de vida —de rejuvenecimiento, de revivificación—, se preguntó: ¿Qué nos hizo elegir el yulan? ¿Porque las flores blancas tienen que ver con la vida? ¿O con la muerte? Había leído en alguna parte que las palabras «blanco» y «blanco», «negro» e incluso «llama», literalmente «flor de fuego» en coreano, tienen la misma raíz en las lenguas indoeuropeas. Flores blancas y blancas de fuego, resplandecientes en la oscuridad circundante: el breve florecimiento de marzo de dos yulans.

Pequeñas pastillas blancas

De vez en cuando se pregunta, y no por autocompasión, sino con una curiosidad desapegada, casi ociosa: si pudieras sumar todas las pastillas que ha tomado, ¿cuál sería el total? ¿Cuántas horas de dolor ha vivido? Como si la vida misma quisiera impedir su progreso, una y otra vez se quedaba corta. Como si la fuerza que le impide avanzar hacia la luz estuviera siempre lista dentro de su propio cuerpo. Todas aquellas horas en las que había perdido el rumbo, en la vacilación y en la duda. ¿Cuántos habría? ¿Cuántas pastillas blancas pequeñas?

Terrones de azúcar

Tenía alrededor de diez años en ese momento. Su primera salida a una cafetería, acompañada de su tía, fue también la primera vez que vio terrones de azúcar. Aquellos cuadrados envueltos en papel blanco poseían una perfección casi infalible, seguramente demasiado perfecta para ella. Quitó el papel con cuidado y pasó un dedo por la superficie granular. Desmenuzó una esquina, se la llevó a la lengua, mordisqueó esa dulzura vertiginosa, luego finalmente la colocó en una taza de agua y suspiró mientras veía cómo se derreía.

Ya no le gustan las cosas dulces, pero la vista de un plato de terrones de azúcar envueltos todavía evoca la sensación de presenciar algo precioso. Hay ciertos recuerdos que permanecen inviolables a los estragos del tiempo. Y a los que sufren. No es cierto que todo esté teñido por el tiempo y el sufrimiento. No es cierto que lo lleven todo a la ruina.

Luces

En esta ciudad de inviernos severos, una noche de diciembre se despliega a su alrededor. La oscuridad fuera de la ventana no tiene luna que la suavice. En el pequeño taller de la parte trasera del edificio, presumiblemente como medida de seguridad, una docena de luces eléctricas permanecen encendidas durante toda la noche. Mira los parches de iluminación, dispersos y aislados en medio de la oscuridad. Desde que llegó a este lugar, o no, de hecho antes, su sueño ha sido disperso y superficial. Incluso si se detenía por un tiempo, se levantaría para encontrar el mundo tan oscuro como antes. Si, por un golpe de suerte, era capaz de conciliar un sueño más prolongado, el tinte azul de un amanecer lento se filtraría constantemente desde el interior. Sin embargo, esas luces serán blancas como siempre, en la claridad de su quietud, en su aislamiento.

Mil puntas de plata

En una noche así, sin la menor razón, el mar se agita.

El barco es tan pequeño que incluso la más leve ola lo envía cabeceando y guiñando violentamente. Con ocho años y asustada, se agacha en el fondo del bote, con los hombros encorvados. En ese momento, mil puntas de plata llegan desde el mar lejano y pasan por debajo del casco. En un instante olvida su miedo, con los ojos muy abiertos tras el movimiento turbulento de esa inmensidad resplandeciente.

Un banco de anchoas, dice su tío entre risas. Había estado sentado en la popa todo el tiempo, sin apenas pestañear. Una mata enmarañada de pelo rizado sobre un rostro moreno. Nunca llegó a los cuarenta: su adicción al alcohol se lo llevaría en el espacio de dos años.

Brillante

¿Qué tienen los minerales que brillan, como la plata, el oro o los diamantes, que hace que la gente piense en ellos como nobles? Una teoría lo atribuye al hecho de que, para el hombre primitivo, el brillo del agua señalaba la vida. El agua brillante significaba agua limpia. Solo el agua que es potable, que da vida, es transparente. Cada vez que, después de caminar a través de desiertos, bosques y pantanos fétidos, un grupo era capaz de distinguir un cuerpo de agua que brillaba de color blanco en la distancia, se habrían sentido lacerados por la felicidad. Lo que habría sido la vida. Lo cual habría sido belleza.

Guijarro blanco

Hace mucho tiempo encontró un guijarro blanco en una playa. Sacudió la arena y se la metió en el bolsillo, luego la guardó en un cajón de su casa. Un guijarro desgastado y liso por la larga caricia de las olas. A ella, su blancura le parecía casi transparente, pero cuando trató de mirar dentro de ella descubrió que se había equivocado. (De hecho, era un guijarro blanco perfectamente ordinario). De vez en cuando lo sacaba y se lo ponía en la palma de la mano. Si el silencio pudiera condensarse en el objeto más pequeño y sólido, así es como se sentiría, pensó.

Hueso blanco

Una vez le hicieron una radiografía para tratar de determinar la causa del dolor que la afligía. El esqueleto en el rayo de Roentgen, huesos de color blanco grisáceo en un mar de bronce. Le sobresaltó verlo así: algo con la sólida materialidad de la piedra, firme dentro del cuerpo humano.

Mucho tiempo antes, alrededor de la pubertad, se había fascinado por los nombres de los distintos huesos. Hueso del tobillo y hueso de la rodilla. Clavícula y costilla. Esternón y clavícula, otro nombre para la clavícula. El hecho de que los seres humanos también estén hechos de algo más que carne y músculo le parecía un extraño golpe de suerte.

Arena

Y con frecuencia olvidaba,
Que su cuerpo (todos nuestros cuerpos) es una casa de arena.
Que se había hecho añicos y se sigue haciendo añicos.
Deslizándose obstinadamente entre los dedos.

Cana

Recuerda a uno de sus jefes, un hombre de mediana edad que solía decir que anhelaba volver a ver a un antiguo amante en la vejez, cuando su cabello sería blanco como una pluma. Cuando seamos realmente viejos... cuando cada mechón de nuestro cabello se haya vuelto blanco, quiero verla entonces, absolutamente.

Si había un momento en el que quisiera volver a verla, sin duda sería entonces.

Cuando tanto la juventud como la carne habrían caído.

Cuando ya no quedaba tiempo para el deseo.

Cuando una vez terminada la reunión solo quedaba una cosa por hacer: separarse. Separarse de sus propios cuerpos, y así separarse para siempre.

Nubes

Ese verano, vimos las nubes pasar sobre los campos mientras estábamos sentados frente al templo de Unju, ¿recuerdas? Acurrucados, contemplando al Buda que había sido tallado en la superficie plana de la roca. Las sombras de enormes nubes se deslizaban rápidamente, una al lado de la otra entre la tierra y el cielo.

Bombilla incandescente

Su escritorio ha sido barrido al vacío. Solo está la bombilla incandescente encima, que emite luz y calor.

Todo está quieto.

Las persianas no se han bajado y se pueden ver los faros moviéndose a lo largo de la carretera principal a intervalos esporádicos ahora que ha pasado la medianoche.

Está sentada en el escritorio, como quien nunca ha conocido el sufrimiento.

No como alguien que acaba de llorar o está a punto de hacerlo.

Como alguien que nunca se ha hecho añicos.

Como si nunca hubiera habido un momento en el que el único consuelo residiera en la imposibilidad de una eternidad.

Noches blancas

Se enteró de su existencia después de llegar a esta ciudad: una isla habitada en el punto más septentrional de Noruega, donde el sol de verano cuelga en el cielo todo el día, mientras que en invierno esas veinticuatro horas son toda la noche. Se preguntaba cómo sería la vida cotidiana en un entorno tan extremo. ¿Se está midiendo el tiempo a su alrededor ahora otra noche blanca, o es un día negro? El dolor rancio aún no se ha marchitado del todo, el dolor fresco aún no ha florecido. Los días en los que la oscuridad y la luz son imperfectas se llenan de recuerdos del pasado. Las únicas cosas que la mente no puede examinar son los recuerdos del futuro. Delante de ella hay ahora una luz amorfa, que parpadea como un gas de composición desconocida.

Isla de luz

En el momento en que subió al escenario, el foco del techo se encendió y su fuerte haz la distinguió. En ese momento, todo el espacio que no era el escenario se convirtió en un mar negro. El hecho de que un público estuviera sentado allí parecía totalmente irreal y ella se sumió en la confusión. ¿Desciendo a ese fondo del océano, paso a paso vacilante, o me mantengo firme aquí en esta isla de luz?

Escritura negra a través de papel blanco

Cada vez que buscaba a tientas la recuperación de la salud, descubría que la vida le producía cierto escalofrío. Un sentimiento que sería demasiado débil llamar «resentimiento», demasiado severo para llamarlo «rencor». Como si aquel que la había estado arropando y besando su frente cada noche se hubiera vuelto de repente contra ella una vez más, expulsándola de la casa al frío, haciéndola dolorosamente consciente de que todas esas sonrisas soleadas habían sido solo en la superficie.

Al mirarse en el espejo, nunca olvidó que la muerte se cernía detrás de ese rostro. Débil pero tenaz, como la escritura negra que sangra a través del papel delgado.

Aprender a amar la vida de nuevo es un proceso largo y complicado.

Porque en algún momento inevitablemente me dejarás a un lado.
Cuando estoy más débil, cuando más necesito ayuda,
Me darás la espalda, fría e irrevocable.
Y eso es algo que tengo perfectamente claro.
Y ahora no puedo volver a la época anterior a ese conocimiento.

Dispersión

Antes de que el día llegara a su fin, comenzó a caer nieve fangosa.

En un abrir y cerrar de ojos, las calles grises ceniza del casco antiguo se borraron en blancura. Una blancura que parecía demasiado perfecta para ser real, mostrando las figuras desaliñadas que se movían contra su lienzo, sus mantos raídos de horas ordinarias. Al igual que ellos, caminaba sin parar. A través de la belleza que desaparecería, ya estaba desapareciendo. Mudamente.

A la quietud

Cuando se acerque el día de su partida,
Y ella está en la oscuridad de esta casa, hay palabras que querrá decir a
su quietud, en la que ya no se le permite morar dentro.
Cuando la noche que parecía no tener fin ha terminado y la ventana
noreste es una muestra de crepúsculo azul profundo,
cuando el cielo se ilumina a ultramar y los huesos limpios de los álamos
se perfilan lentamente,
habrá algo que quiera decirle a la quietud, en las primeras horas de la
mañana del domingo, cuando los demás habitantes del edificio aún no
se han movido.

Por favor, un poco más así.

Para darle tiempo a lavarme.

Límite

Ella creció dentro de esta historia.

Nació prematuramente, a los siete meses. Su madre, de veintidós años, no estaba preparada para las contracciones. La primera helada del año fue temprana. Su madre estaba sola en la casa. El bebé lloró solo brevemente después de venir al mundo, un sonido delgado y vacilante que pronto se desvaneció. Su madre vistió el pequeño cuerpo ensangrentado con una bata de bebé y la envolvió cuidadosamente en una colcha acolchada, asegurándose de no asfixiarla. Al principio, cuando el bebé se aferró al pecho vacío, el instinto produjo una débil succión, pero esta también desapareció pronto. La bebé fue acostada suavemente en la parte más cálida del suelo radiante, pero en ese momento ya no lloraba, sus ojos ya no estaban abiertos. De vez en cuando, a su madre le asaltaba una sensación de presentimiento y tiraba de una esquina de la colcha, pero los ojos del bebé se abrían solo brevemente, se oscurecían y luego se cerraban. En algún momento, incluso esa escasa respuesta ya no llegó. Y, sin embargo, antes del amanecer, cuando por fin salió la primera leche de los pechos de su madre y apretó su pezón entre los diminutos labios, descubrió que, a pesar de todo, el bebé seguía respirando. A pesar de que, a estas alturas, ya había perdido el conocimiento, el pezón de su boca le animaba a tragar suavemente, haciéndose cada vez más fuerte. Todavía con los ojos cerrados todo el tiempo. Sin saber qué límite estaba cruzando ahora.

Cañaveral

Una mañana, después de una noche de nieve, se mete en un cañaveral. Parte las cañas, cada tallo delgado y blanco doblado bajo el peso de la nieve. El carrizal rodea una pequeña marisma, donde viven una pareja de patos salvajes. En su corazón, donde la delgada capa de hielo se encuentra con el agua quieta, los patos flotan uno al lado del otro sobre su superficie azul grisácea, con el cuello inclinado para beber.

Antes de apartarse de ellos, se pregunta: ¿Quieres seguir? ¿Para avanzar? ¿Vale la pena?

Hubo un tiempo en que ella respondió, temblando, que no.

Ahora camina, reservando cualquier respuesta. Sale de esa ciénaga semicongelada, entre la monotonía y la delicadeza.

Mariposa blanca

Si no fuera porque la vida se extiende en línea recta, en algún momento podría darse cuenta de haber doblado una curva. Llevando, tal vez, la comprensión de que ahora no se podía vislumbrar nada de ese pasado si echaba una rápida mirada por encima del hombro. Este camino puede estar cubierto no de nieve o escarcha, sino de la suave tenacidad de las hierbas verdes pálidas de primavera. Una mariposa blanca que tartamudea hacia adelante podría arrebatarse la mirada, arrastrarla unos pasos más allá en la estela de esos aleteos, como las palpitaciones inquietas de un alma. Solo entonces podía darse cuenta de los árboles circundantes, su lenta reanimación como si estuviera esclavizada por algo, despidiendo un olor extraño y sofocante, estallando en una proliferación aún más exuberante, en el aire, hacia la luz.

Espíritu

Si existieran espíritus, pensó, su movimiento sería el correlato invisible del vuelo tembloroso de una mariposa así.

Si eso fuera así, ¿las almas de esta ciudad a veces se desplazarían hasta la muralla donde una vez fueron acribilladas y revolotearían allí durante un tiempo con un movimiento tan silencioso? Pero ella sabía que la gente de esta ciudad no encendía velas y colocaba flores frente a esa pared solo por el bien de esas almas. Creen que no hay vergüenza en haber sido masacrados. Quieren prolongar su dolor el mayor tiempo posible.

Pensó en ciertos incidentes de la historia de su propio país, el país que había dejado para venir aquí, en los muertos que no habían sido suficientemente llorados. Tratando de imaginar a esas almas siendo elogiadas de esta manera, en el corazón mismo de las calles de la ciudad, se dio cuenta de que su país nunca había hecho esto correctamente.

Y, lo que es menos significativo, se enteró de lo que había quedado fuera de su propia reconstrucción. Por supuesto, su cuerpo aún no había muerto. Su espíritu aún tenía carne para albergarlo. Al igual que la sección restante de un muro de ladrillos en ruinas, que el bombardeo no había logrado destruir por completo, sino que desde entonces se trasladó e incorporó a otra estructura, de la que se ha lavado la sangre. Carne que ya no era joven.

Al caminar, imitaba el paso firme de quien nunca se había quebrado. Un paño limpio que cubre cada lugar sin coser. Hacer sin despedidas, sin duelo. Si cree que nunca ha sido destrozada, puede creer que ya no será destrozada.

Y así le quedan algunas cosas:

Que dejen de mentir.

Que le abra los ojos y le quite el velo.

Para encender una vela por todas las muertes y espíritus que pueda recordar, incluido el suyo propio.

Arroz crudo y cocido

Camina en busca de arroz para cocinar para la cena. Encontrar arroz pegajoso en esta ciudad es más fácil decirlo que hacerlo. Incluso en un gran supermercado lo más parecido que consigue es un arroz español, que se vende en pequeños paquetes de plástico de quinientos gramos. Los granos blancos yacen tranquilos en su bolsa mientras los lleva a casa. Un vapor blanco se eleva del tazón de arroz recién cocido y ella se sienta frente a él como si estuviera rezando. No puede negar que, en ese momento, siente algo en su interior. Negarlo es imposible.

ALL WHITENESS

모
든
흰

Al año siguiente de perder a su primer hijo, tuvo otro parto prematuro. Me dijeron que el bebé, esta vez un niño, logró incluso menos meses en el vientre que la niña, y murió poco después de nacer, sin abrir los ojos ni una sola vez. Si esas vidas hubieran sobrevivido al punto de crisis, mi propio nacimiento, que se produjo tres años después, y el de mi hermano cuatro años después, no se habrían producido. Mi madre no habría vivido con esos recuerdos destrozados dentro de ella, pasando los dedos cuidadosamente por sus bordes afilados.

Esta vida solo necesitaba de uno de nosotros para vivirla. Si hubieras vivido más allá de esas primeras horas, yo no estaría viviendo ahora.

Mi vida significa que la tuya es imposible.

Solo en la brecha entre la oscuridad y la luz, solo en esa brecha teñida de azul, logramos distinguarnos las caras.

Tus ojos

Vi de manera diferente cuando miré con tus ojos. Caminaba de manera diferente cuando caminaba con tu cuerpo. Quería mostrarte cosas limpias. Antes de la brutalidad, de la tristeza, de la desesperación, de la suciedad, del dolor, de las cosas limpias que eran solo para ti, de las cosas limpias por encima de todo. Pero no salió como pretendía. Una y otra vez te miraba a los ojos, como si buscara la forma en un espejo profundo y negro.

Si tan solo hubiéramos estado viviendo en una ciudad en ese entonces, escuché a mi madre decir varias veces durante mi infancia. Ojalá una ambulancia me hubiera llevado al hospital. Ojalá la pusieran en una incubadora, ese pequeño pastel de arroz de un bebé. Eran una cosa nueva entonces, incubadoras.

Ojalá no hubieras dejado de respirar. Y, por lo tanto, se me había concedido toda esta vida en mi lugar, yo, que entonces nunca habría nacido. Si te hubiera sido concedido ir firmemente hacia adelante, con tus propios ojos y tu propio cuerpo, de espaldas a ese espejo oscuro.

Mortaja

¿Qué hiciste con ella, con el bebé?

La noche que le pregunté esto a mi padre por primera vez, cuando yo estaba casi fuera de la adolescencia y él aún no había cumplido los cincuenta, se quedó en silencio un rato antes de responder.

La envolvió en un sudario blanco, la llevó a la montaña y la enterró.

¿Solo?

Así es. Solo.

El vestido de bebé de la niña se convirtió en un sudario. Sus pañales se convirtieron en un ataúd.

Después de que se fue a la cama, me detuve en el camino para tomar un trago de agua y enderecé mis hombros rígidos y encorvados. Con la mano presionada contra el esternón, respiré.

Onni

Solía pensar en cómo sería si hubiera tenido una hermana mayor. Un onni un palmo más alto que yo. Un onni para legar suéteres ligeramente ondulados, zapatos de charol con solo pequeñas marcas de rozaduras.

Una onni que se encogía de hombros sobre su abrigo e iba a la farmacia cuando nuestra madre estaba enferma. Una onni que se llevaba el dedo a los labios y me regañaba: Tranquilo, hay que caminar tranquilo. Un onni que podía escribir ecuaciones en mi cuaderno de matemáticas. Esto es realmente simple, solo lo estás pensando demasiado. Frunciendo el ceño mientras se apresuraba a llegar a la solución.

Un onni que me decía que me sentara cuando me clavaba una astilla en el pie. ¿Quién acercaría la lámpara y, a su luz, extraería la astilla, con mucho cuidado, con una aguja que había esterilizado en la llama de la estufa de gas?

Un onni para venir cuando estoy acurrucado en la oscuridad. No hay necesidad de eso, todo es un malentendido. Un abrazo breve e incómodo. Levántate, por el amor de Dios. Ahora vamos a comer. Una mano fría rozando mi rostro. Sus hombros se deslizaban rápidamente.

Como un puñado de palabras esparcidas sobre papel blanco

Mis zapatos negros estamparon huellas en la nieve de la madrugada, una capa fangosa cubría el pavimento.

Como un puñado de palabras esparcidas sobre papel blanco.

Seúl, que había visto por última vez en verano, se había congelado.

Al girarme para mirar hacia atrás, vi que la nieve ya se tamizaba para cubrir esas huellas recién hechas.

Blanqueamiento.

Túnicas de luto

Antes de que dos personas se casen, cada una da ropa a los padres de la otra. Ropa de seda para los que aún viven, túnicas de luto de algodón para los difuntos.

Mi hermano me llamó para comprobar que iría con él. Esperé a que volvieras, nuna.

La mujer con la que se iba a casar había preparado una falda y una chaqueta de algodón blanco, que extendí sobre la roca. En un prado de hierbas altas debajo del templo donde se canta el nombre de nuestra madre después de los sutras de cada mañana. Tan pronto como sostuve el encendedor de mi hermano en la manga, un hilo de humo teñido de azul se elevó en espiral. Después de que las ropas blancas se disuelvan en el aire de esta manera, un espíritu las usará. ¿Realmente creemos eso?

Humo

Mantuvimos los ojos fijos en lo que teníamos delante, con la boca bien cerrada. El humo, como un par de alas grises como la ceniza, se disolvía en el aire. Desapareciendo. Vi que el fuego, después de haber consumido la chaqueta, corría instantáneamente hacia la falda. Cuando las llamas tragarón la última tira de tela, pensé en ti. Si puedes venir a nosotros ahora, entonces hazlo. Ponte esa ropa que el fuego te ha llevado, como si te resbalaras de un par de alas. Bébelo como medicina o té, nuestro silencio, disolviéndose en humo en lugar de palabras.

Silencio

Cuando los días largos finalmente llegan a su fin, se necesita un tiempo para estar tranquilo. Como cuando, inconscientemente frente a una estufa, extendiendo mis manos rígidas al silencio, con los dedos abiertos en su escaso calor.

Dientes inferiores

La pronunciación de «onni» se asemeja a la de los «dientes inferiores» de un bebé. Dos dientes diminutos como las primeras hojas que habían brotado de las encías de mi hijo.

Ahora mi hijo ha crecido y ya no es un bebé. Después de levantar la colcha para cubrir a ese niño de doce años, escuché atentamente durante un rato su respiración constante antes de regresar a mi escritorio vacío.

Raya

No te mueras. Por el amor de Dios, no mueras.

Abro mis labios y murmuro las palabras que escuchaste al abrir tus ojos negros, tú que eras ignorante del lenguaje. Presiono con todas mis fuerzas sobre el papel blanco. Creo que no se pueden encontrar mejores palabras de despedida. No te mueras. Vivir.

Toda blancura

Con tus ojos, veré el lugar más profundo y deslumbrante dentro de una col blanca, los preciosos pétalos jóvenes ocultos en su corazón.

Con tus ojos, veré el frío de la media luna salir en el día.

En algún momento esos ojos verán un glaciar. Mirarán hacia esa enorme masa de hielo y verán algo sagrado, inmaculado por la vida.

Verán en su interior el silencio del bosque de abedules blancos. Dentro de la quietud de la ventana por donde se filtra el sol invernal. Dentro de esos brillantes granos de polvo, meciéndose a lo largo de los haces de luz que se inclinan hacia el techo.

Dentro de ese blanco, todas esas cosas blancas, respiraré en el último aliento que liberaste.



Han Kang (Gwangju, Corea del Sur, 1970) empezó su carrera como novelista al ganar el concurso literario de primavera del diario *Seoul Shinmun* en 1994. *La vegetariana*, su primera novela traducida al inglés, ganó en 2016 el Premio Booker Internacional. Su siguiente novela, *Actos humanos*, le valió el Premio Manhae de Literatura de Corea y el Premio Malaparte en Italia en 2017. *El libro blanco* fue finalista del Booker International en 2018. La autora ha recibido también el Premio Yi Sang, el Premio Artista Joven del Año, el 25.º Premio de Novela Coreana, el Premio de Literatura Hwang Sun-won y el Premio de Literatura Dong Ri. Hasta 2018 trabajó como profesora en el departamento de Escritura Creativa del Instituto de las Artes de Seúl, y en la actualidad se dedica por completo a la escritura. Kang ha sido publicada en más de treinta idiomas. Premio Nobel de Literatura 2024.

Han Kang

BLANCO

Traducción de Sunme Yoon

Su escritorio está limpio y ordenado. Dentro de la pantalla blanca de la lámpara que está a la izquierda, la bombilla irradia luz y calor. Todo está en silencio.

Al otro lado de la ventana con la persiana levantada, se ven los faros de los automóviles que corren por la carretera pasada la medianoche.

Ella está sentada ante el escritorio como alguien que no sufre ningún dolor.
Como si no acabara de llorar ni fuera a echarse a llorar.
Como si nunca se hubiera desmoronado.
Como si no hubiera existido nunca el tiempo en que el único consuelo era que la eternidad no podía ser nuestra.



Lectulandia